

## **Palabras del Excelentísimo Sr. D. Marcelino Oreja Aguirre**

Hoy cumplimos un viejo deseo que muchos de nosotros teníamos escondido desde hace años y que por fin hemos podido cumplir gracias a la Academia de Ciencias Morales y Políticas y a la Academia de la Historia, para celebrar el centenario del nacimiento de D. Fernando María Castiella ofreciendo algunas de sus ideas y realizaciones en este libro que ahora presentamos: Historia y Memoria. Fernando María Castiella y la Política Exterior de España. En él hemos participado un grupo de historiadores con la coordinación del Profesor Sánchez Mantero, Catedrático de la Universidad de Sevilla y diplomáticos, colaboradores de Castiella en el Ministerio. Dos de ellos, Alfonso de la Serna y Gabriel Cañadas aunque ya no están con nosotros, pero siempre los tendremos presentes en nuestro recuerdo.

La vida pública de Castiella fue larga en el tiempo, variada en sus numerosas responsabilidades y sumamente fructífera en la huella que dejó de su paso por los distintos cargos que ejerció. Desde sus inicios en el ámbito universitario como joven Director del Instituto de Estudios Políticos o como fundador de la Facultad de Ciencias Económicas y Políticas en la Universidad de Madrid, de lo que nos hablará el Profesor Velarde, hasta su paso por las Embajadas de Lima y de la Santa Sede, y sobre todo, en sus muchos años al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores, Castiella fue uno de los personajes públicos, que más impacto produjo en las difíciles circunstancias que rigieron la vida política de aquella época.

A los cien años de su nacimiento se hace imperativo mostrar a la sociedad española de hoy la figura y la obra de este profesor entregado con noble afán al servicio de los más altos ideales: la defensa global de España, de sus intereses y de su buen nombre en el mundo.

Fernando Maria Castiella es un hito en la historia de nuestras relaciones exteriores, un ejemplo de dedicación y entrega, un maestro creador de escuela, un político íntegro e inteligente que sólo supo trabajar sin descanso al servicio de los intereses de nuestro país.

Fueron casi trece años de acción continuada y diversa, realizada en distintas vertientes, y en contradicción, a veces altamente conflictiva, con superiores tendencias y criterios de elevado nivel. Castiella dio al Ministerio un empuje cálido y renovador. Creó equipos de trabajo con espíritu conjuntado y audaz. Desperció en las nuevas generaciones diplomáticas una iluminada esperanza. Modernizó reglamentos y administración. Y una vez puesta a punto la máquina instrumental, se lanzó a múltiples iniciativas llevadas a cabo durante tan largo e importante período de nuestra historia.

Castiella se encaró tesoneramente con todos los problemas sociales del periodo histórico que le tocó vivir. Su actuación internacional ofrece la clara imagen de un plan coherente que trata siempre, adaptándose a la coyuntura del día, de conseguir unos resultados. Se enfrenta así con los problemas derivados de la relación de vecindad con otros Estados, como los que se deducen de nuestra situación geográfica, de nuestra condición de europeos, con el hecho de nuestra pertenencia a la Comunidad Iberoamericana de Naciones y nuestra historia común con los países árabes, sin olvidar el amplio capítulo de nuestra relación con Estados Unidos y con el bloque de países del Este. Moderno y pragmático, acepta sin vacilar las consecuencias del gran movimiento descolonizador y a la hora de los principios defiende el respeto a los Derechos Humanos, la no injerencia en los asuntos de terceros, la igualdad entre todos los Estados y el derecho a la integridad territorial.

En relación con los vecinos estableció con Portugal una política de amistad desde el respeto a las diferentes posiciones en materia de descolonización. Respecto a Francia sus viajes anuales a París marcaron los hitos de una fecunda aproximación entre los dos países por la que el General De Gaulle le confirió la Gran Cruz de la Legión de Honor.

Una de sus principales preocupaciones fueron las relaciones con Marruecos. Desde el mismo año de su nombramiento dedicó muchas horas de actividad al intento, no siempre bien comprendido, de resolver toda una serie de cuestiones que pesaban en nuestras relaciones: las negociaciones para poner fin al Protectorado, la devolución de Tánger, y la retrocesión de Ifni.

Entre los grandes temas que preocuparon a la Comunidad internacional tras el fin de la Segunda Guerra Mundial está la descolonización. Castiella defendió desde el principio de su gestión la necesidad de facilitar el acceso a la inde-

pendencia de todos los pueblos dependientes. Marruecos fue un ejemplo; el otro sería Guinea y en relación al Sahara sostuvo la celebración de un referéndum que permitiera el ejercicio de la libre determinación de la población originaria del territorio.

La entrada de Castiella en el Ministerio se caracteriza también por la puesta en marcha del proceso de integración de España e los organismos económicos como la O.C.D.E. y el Fondo Monetario Internacional, que coinciden con el plan de estabilización elaborado por el equipo económico y a partir del cual se inicia el desarrollo económico-social en grande y planificada escala. Castiella quiere dar un paso más allá, y en 1962, previa intensificación y esclarecimiento de las relaciones con la Francia del General De Gaulle, plantea formalmente la petición de asociación de España a la Comunidad Económica Europea. La carta que contiene esa solicitud y que data de febrero de ese año, es un hito importante, porque inicia el proceso del acercamiento a la integración europea, que desemboca en el Acuerdo Preferencial que tantas ventajas representa para España.

Mención especial merece la política de Castiella respecto a Gibraltar. Cuando el Gobierno británico inscribió el tema de Gibraltar ante el Comité de Descolonización de Naciones Unidas, pretendiendo ampararse en la ola descolonizadora de los sesenta para anular el Tratado de Utrecht. Castiella impidió que la colonia perdiera su ligamen jurídico de origen con España y ello gracias a una dura pelea en la ONU en la que los nuevos países independientes salidos de la descolonización entendieron y apoyaron las tesis españolas, aunque vinieran de un viejo gran país con historia colonial.

En relación con Estados Unidos después de la firma de los Acuerdos de 1953, Castiella al iniciar su tarea tomó inmediato contacto con la Administración americana; visitó a Eisenhower en Londres, y más tarde en Washington. Y luego, sucesivamente, a los Presidentes Kennedy, Johnson y Nixon, entre 1963 y 1969, en la Casa Blanca. Al llegar, en 1963, la fecha de expiración de los Acuerdos suscritos diez años antes, Castiella los renueva, después de una larga negociación con su colega Dean Rusk, en la que obtiene sustanciales ventajas en las contrapartidas para España.

Cinco años después, en 1968, expiraba la prórroga de los Acuerdos. Castiella decidió elevar el contenido de los mismos. Pide que se tripliquen las contrapartidas financieras; que se ponga plazo final a la presencia del armamento nuclear en las bases españolas; que el Tratado sea de amistad y cooperación y que esa cooperación nos abra las puertas de la Alianza Atlántica y se extienda además al campo educativo, tecnológico, económico y cultural entre dos países. Al no alcanzarse soluciones satisfactorias impuso una prórroga hasta 1970 lo que en buena medida fue la causa de su cese el 29 de Octubre de 1969.

Con Hispanoamérica impulsó la firma de numerosos convenios de doble nacionalidad e importantes acuerdos económicos concretamente con Argentina que liquidaron la deuda española por el suministro de trigo de 1945.

En la incesante actividad de Castiella hay un tema que resalta por su indudable profundidad, pero que trasciende de la pura política exterior. Es el tema de la libertad religiosa, planteado por el Ministro dos años antes de comenzar el Concilio Vaticano. Hay que situarse en aquellos años sesenta y en las circunstancias de la España de entonces para comprender que sólo una profunda convicción es capaz de proporcionar la energía necesaria, incluso frente a altos dignatarios de la Iglesia, para intentar devolver a los españoles un principio tan esencial como el de la libertad religiosa.

Tal vez el problema que tuvo Castiella fue intentar realizar una política exterior objetiva y a largo plazo partiendo de un sistema que subjetivaba cualquier planteamiento internacional en razón de unos supuestos muy concretos. Esa dificultad es la que condujo a la existencia de una política exterior no siempre congruente con la interior, disparidad insostenible más allá de la voluntad de un hombre y que lógicamente debería conducir o al cambio del sistema o a la sustitución del hombre. Pero ese planteamiento inicial no hace sino engrandecer la personalidad de quien conscientemente lo asumía, con todos los riesgos.

Cuando cesó en Exteriores se dedicó con entrega total a la Universidad y preparaba sus clases en la Cátedra de Estudios Superiores de Derecho Internacional con la misma dedicación y el mismo rigor que los Consejos de Ministros. Llevaba las lecciones redactadas para no dejar ningún detalle y acudía a la Facultad con libros, apuntes, resoluciones de Organismos Internacionales, noticias de prensa internacional y al terminar sus explicaciones mantenía un amplio diálogo con sus alumnos contestando a las preguntas sobre las negociaciones diplomáticas y los objetivos de una política de Estado.

En 1976 fue elegido miembro de esta Real Academia. Le contestó, en nombre de la Academia, su amigo José María de Areilza con quien había escrito años atrás el libro *“Reivindicaciones de España”*. El tema de su discurso fue “Una batalla diplomática”, interesantísimo alegato de la defensa de los intereses nacionales en la Sociedad de Naciones. Pero hizo algo más. Pidió a los nuevos gobernantes españoles nuevas metas internacionales para el País, capaces de conciliar el máximo consenso nacional para mejorar la posición de España en el ámbito internacional y contribuir a la paz y a la justicia mundiales. Un proyecto coherente que permitiera a España incardinarse en sus coordenadas históricas y contemporáneas, en la Europa a la que pertenecemos, en el mundo hispánico del que somos la raíz y la clave de unidad, en Occidente que es nuestro horizonte histórico afectivo. Igualmente apuntaba a la integración de la Europa Comunitaria y a un proyecto de Euro-

pa federal como solución al futuro continental. Y defendía una política de neutralidad activa e independiente, sólo posible una vez recuperado el control sobre el Estrecho: Gibraltar y Rota. Esa llamada al consenso y el objetivo europeo fue su aportación al espíritu de cambio del momento que él veía como una oportunidad histórica que debía ser aprovechada y terminaba su discurso haciendo suyos los diagnósticos de liberales como Jerónimo Becker y Salvador de Madariaga por quién sintió gran admiración, y que representaba lo que él mismo sentía como objetivo prioritario: la reconciliación nacional y la superación de la guerra civil.

En su discurso Castiella nos deja un mensaje sencillo pero enormemente lúcido resumen de su experiencia política: “no hay política exterior posible, ni simplemente política sin un esfuerzo contenido e inteligente, sin un análisis sereno y probado de cada problema, sin un espíritu animoso ante todo signo de desfallecimiento”.

Y más adelante nos da un consejo que sus colaboradores escuchamos muchas veces: No olvidemos que hay intereses permanentes de España, hay problemas antiguos que aún esperan una solución. Y no podemos soltar la presa de nuestra atención un día, para vagar erráticos, en busca de otra presa tentadora, dando así la razón a quienes nos tienen por inconstantes y juegan con nuestra volubilidad y falta de empeño tenaz.

Algo que no se puede omitir en la biografía de Castiella es el orgullo que sentía de su condición de vasco. Muchas veces puso de manifiesto —y con gran solemnidad lo manifestó en Guernica en 1964 al conmemorar la Fiesta de la Hispanidad— cómo lo vasco no sólo no es un elemento extraño a la línea histórica común de España, sino que es un ingrediente purísimo de españolidad e hispanidad. Castiella fue siempre un vizcaíno español, embebido con pasión a la vida común de España y vizcaíno universal que jugó un papel crucial en sus responsabilidades públicas al frente de la política exterior de España.

Fernando Castiella estaba casado con doña Sol Quijano y siempre rindió culto a la vida familiar de modo insistente y conmovedor. Su mujer —que hoy nos acompaña con su familia— secundó siempre de modo eficaz y complementario las altas tareas representativas que tantos años desempeñara.

Hay un rasgo último que no es posible ignorar que es el de su fe. Su fe ardiente, inalterable, cotidiana. Catolicismo practicante de todos los días, sin exhibición ni ruido, a veces en visitas a iglesias solitarias, en ocasión de sus viajes oficiales.

Su recuerdo siempre estará vivo en todos nosotros.

